

que acaba de renunciarlo todo por seguir á vuestro Hijo, y alcanzadme de vuestro Divino Esposo los dones excel-sos que comunican la fuerza, la unción y la luz al minis-tro de la palabra evangélica.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si vuestra vocacion es verdadera, hermana mia; si el abo-rrecimiento del siglo os ha sustraído á él para siempre; si el empeño dulcísimo del amor á vuestro Esposo sin limitacion y sin reserva os ha hecho sumergir en esta soledad el mas florido periodo de vuestra existencia; si podéis de-cir hoy lo mismo que San Pablo, que ni la muerte, ni la vida, ni la tribulacion, ni el hambre y des-nudez, ni los peligros y tormentos mayores serán capaces nunca de apartaros de Jesucristo; si os con-templáis contenta junto á la perspectiva de mortifica-ciones frecuentes, y es dulce para vos consideraros como la oveja del sacrificio: ¿quién vacilará un momento en reputar vuestro estado como el mas excelente, el mas bello, el mas grato y dulce á los ojos del Señor? El es sin duda padre comun, y en su amor inmenso y en su misericordia infinita siempre reconocen su parte cuan-tos forman la prodigiosa multitud del género humano. Tambien es cierto, que su vista penetrante descubre aun en el siglo muchas almas fieles que le adoran en es-píritu y en verdad; pero no lo es ménos, que tiene su pueblo escogido, y que en este pueblo ama con singu-lar predileccion á estas esposas de la soledad, que no

limitándose á la abstinencia de los frutos que pri- van del paraiso, renuncian indistintamente á cuanto po- demos usar como un beneficio de la Providencia, pa- ra consagrarse todas á oír y guardar fielmente la pala- bra del Señor, esas almas privilegiadas que inmolan heroica- mente en el altar de la propia abnegacion el mundo y sus encantos, el tiempo y sus esperanzas risueñas, los cuidados de una tierna madre, las caricias de un padre, el techo doméstico, los lazos de la familia y los hones- tos placeres de una inocente sociedad. El acto de la profesion religiosa, hermana mia, es rigurosamente ha- blando, una regeneracion verdadera en el órden del es- píritu, es el primer instante de una existencia nueva, la brillante avenida de un nuevo dia; y puede decirse á la letra, que os habéis renovado en la extencion de la palabra desde que habéis tomado para nunca dejarla esa modesta vestidura que el mundo desprecia, y que Dios ha puesto sobre vos como la ropa nupcial que realza los encantos de la esposa. Vuestro estado es pues el de la propia abnegacion, el de la solemne abnega- cion, el de la continua y perpetua abnegacion, es de- cir, un estado en que se ama á Dios exclusivamente, en que se le ama públicamente, en que se le ama in- censantemente, en que se le ama perfectamente: es aquel estado que pone á la criatura en la dichosa im- potencia de olvidar un solo instante á su Criador, en que se ofrecen á Dios en uno solo todos los holocaustos, y en que van á cumplirse hasta los últimos conse- jos de la perfeccion evangélica.

Triste sin duda y en gran manera sensible, católicos, debe ser á los ojos de la carne y de la sangre este cuadro de inmortal desprendimiento, en que el alma cris-

tiana, no queriendo servirse de sus sentidos, sino para mortificarlos incesantemente, ni de sus potencias sino para humillarlas bajo el yugo de la fe, reduce su mundo á un pequeño espacio de tierra, y sus relaciones á la sociedad íntima de su propia conciencia, y sus goces á estrechar la Cruz de Jesucristo, y sus esperanzas á morir en sus brazos; pero cambiad, ó católicos, de luz, y al esplendor indeficiente y puro de la fe contemplad el cuadro sublime de una religiosa en presencia del Señor: ved si entre las ofrendas de que el hombre es capaz por sí mismo puede hallarse una sola que reúna mayores caracteres de excelencia y grandeza para el Dios de la Santidad. Por lo que á mi toca, ya considere, hermanos míos, lo que es en sí misma la abnegacion del hombre, ya registre las Escrituras Santas para buscar los títulos en que funda su grandeza, donde quiera reconozco la incontrastable verdad con que aseguro, que la profesion religiosa, es la mas grata y excelente suerte que puede caber al hombre á los ojos de Dios.

¿Qué es la abnegacion de sí mismo? Si la historia de la Iglesia no presentase á nuestra vista repetidos é ilustres ejemplos de este heroísmo cristiano, de este universal desprendimiento de todas las cosas; echaria mano de aquellas expresiones indefinidas empleadas frecuentemente por los escritores sagrados para manifestar lo que apenas puede sentirse, para decir lo que va muy lejos de los alcances de nuestra razon. Os diria que la negacion de sí mismo es lo que el ojo no vió, lo que el oído no oyó, lo que la razon fué incapaz de comprender, lo que la imaginacion mas viva y fecunda no ha podido figurarse, lo que el corazón apenas puede sentir y la lengua no es dueña de explicar: os diria que es el

no sé qué, de lo que llamamos *divino* en los afectos religiosos, os diria que es un acto angelical, un heroísmo de la santidad, en suma el bello ideal del amor divino. Mas ya que Jesucristo Nuestro Señor se dignó fundar una Iglesia cuyo espíritu consiste en la abnegacion de nosotros mismos; y ya que esta Iglesia santa, siempre sostenida por el poder, ilustrada por la sabiduría y privilegiada por el amor eterno de la Trinidad augusta, nos permite recorrer en su historia un catálogo inmenso de verdaderos héroes, es decir, de hombres que mediante la abnegacion de sí mismos han sabido elevarse desde las clases mas humildes y despreciables hasta los tronos del cielo: ya que esta historia tan fecunda ha venido á revelar á los hombres el gran precio de la abnegacion de nosotros mismos, permitidme recordaros, si bien con suma rapidez, lo que importa esta virtud es sí propia.

Cuando á una palabra del Altísimo el universo brotó de la nada, y dijo Dios que las cosas que habia hecho eran buenas, sin duda que halló mas excelencia que en todas las criaturas juntas en aquella privilegiada donde estaba mirando su propia imágen; y cuando Dios, viendo la tierra toda invadida por el pecado, se manifestó arrepentido de haber hecho al hombre, hasta el extremo de destruir al mundo, bastante nos hizo conocer cómo el título de excelencia que podemos presentar á sus divinos ojos, y en lo que mas podemos serle semejantes, consiste en la exencion de la culpa, en el amor que le tengamos. Este amor, hermanos míos, es el objeto final de la creacion humana y la vocacion de todos los hombres. Siendo pues una vocacion comun, se adapta sin duda, no solo á todos los tiempos, á todos

los hombres y á todas clases, sino tambien á todos los estados y condiciones de la vida; y á este amor divino pueden y deben referirse nuestras acciones todas, y por tanto, él puede considerarse como un inmenso círculo, del cual no están excluidos ningun género de pensamientos, de discursos ó de hechos que puedan llamarse lícitos. Aquellas mismas satisfacciones necesarias que se dirigen á conservar nuestra vida, los deliciosos vínculos que nos hacen amable la tierra, los afectos expansivos de la familia, los sentimientos nobles de la amistad, todo se santifica en el amor divino, refiriéndose á Dios con reconocimiento humilde, como al Supremo dispensador de los bienes que se disfrutan en la tierra.

Pero qué, ¿todos los estados del hombre son igualmente favorables al amor divino? ¿este grande y primitivo objeto de nuestra creacion se consigue con la misma facilidad en unos estados que en los otros? El padre que se ve rodeado de una familia numerosa, la mujer enlazada con su marido por un vínculo santo, si se conforman con las reglas del evangelio, sin duda que aman al Señor, que le aman sobre todas las cosas y que si fuésen conducidos á la prueba, lo sacrificarían todo, mediante la gracia, primero que abandonar al objeto santo de su amor: pero este género de abnegacion se halla, hermanos míos, en una escala mui ínfima respecto de aquel que precede á los votos monásticos, y sirve de principio á la vida religiosa. Aquellos están dispuestos á dejarlo todo ántes que ofender á Dios; pero las almas consagradas á él por los votos monásticos no se limitan á esto, sino que desde luego todo lo abandonan, y este generoso desprendimiento, que en las personas del siglo se considera, y con justicia, como el

último punto de la perfeccion, no es en el claustro sino el primer paso de una larga y trabajosa carrera. ¿Quién de los que viven en el siglo puede decir á Jesucristo, como el Príncipe de los Apóstoles: „Todo lo hemos dejado por seguirte?“¹ ¡Ah! las personas mas arregladas se hallan siempre en una especie de lucha, por la diversidad de objetos que alternativa ó sucesivamente ocupan el corazon. El esposo no se da tan exclusivamente á Dios, porque siempre está „solicito, dice San Pablo, de aquello que puede agradar á su consorte.“² á esta le sucede lo mismo; y el amor divino va encontrando en cada parte obstáculos diferentes á su feliz consumacion.

Todos somos capaces de llegar á una perfeccion consumada, y todos estamos expuestos á caer en la horrible deformidad de los vicios; pero esta perfeccion, hermanos míos, lucha con tal número de dificultades, que á mui pocos es dado el gozo de haberla conseguido. El hombre para someterse á la lei suprema del espíritu, lei sublime que le encumbra hasta los cielos, se siente impulsado incensantemente á subir con el vuelo de la águila, porque hai dentro de nosotros mismos no sé que sentimiento generoso que nos advierte la grandeza de nuestros destinos. Pero sujeto al mismo tiempo á las leyes del siglo, al tiránico poder de nuestras pasiones, á los variados prestigios de la vanidad, al semblante risueño de la fortuna y á esas necesidades facticias que inventa, propaga y multiplica el espíritu del siglo, siempre amigo de la virtud y siempre asaltado por el vicio, vanamente pasa los mas dilatados periodos de una larga vida, pues cuando mui afortunado parece,

(1) Math. XIX, 27.—(2) 1 Cor. VII, 33.

suele hallarse apenas en la infancia de la vida espiritual.

No es esta vuestra suerte, esposa de Jesucristo, pues al tomar ese traje humilde, os anunciáis á los ojos de vuestro Dios como árbitras de una triple victoria. Sí, desde el instante mismo en que pronunciáis vuestros votos, os eleváis á una altura incomparable respecto de vuestros hermanos los que quedan en el siglo. De un golpe destruíis el eterno afán de las riquezas, las continuas agitaciones de la comodidad, los caprichos de la moda, y las aspiraciones innumerables que llenan el corazón de los mundanos; pues con veros sometida á la pobreza del claustro, huyen para nunca volver, como las tinieblas á la presencia de la luz, esa multitud inmensa de quimeras caprichosas, y de vanos fantasmas que arrastran incesantemente á los miserables ricos de Babilonia. Al escoger á Jesucristo por único y exclusivo dueño de vuestro corazón, triunfáis de vuestro cuerpo, ó para mejor decir, le eleváis á una condición angelical, pudiendo decirnos á vos misma lo que en otro tiempo San Pablo á los fieles de Corinto: „Caminando encarné, no militarémos sin embargo según la carne.”¹ Pero no es esto todo; habéis conquistado un triunfo todavía más glorioso. Desdenar las riquezas y cuanto el mundo contiene en el gran sistema de los objetos que arrastran la ambición ó la vanidad, es un acto de nobleza que tiene pocos ejemplos entre los hombres: rehusar el cuerpo cuanto excede de las necesidades de su conservación, para no consultar sino los grandes intereses del espíritu, es un poder tan sublime, que dista mucho del esfuerzo común de la naturaleza humana; pero renunciar á la libertad,

(1) II Cor. X. III.

sacrificar para siempre en los brazos de la obediencia el noble atributo de elegir, que ni el mismo Criador ha querido reservarse, es un esfuerzo noble de poder, que no cuenta un solo ejemplo en el inmenso panteón de fabulosas virtudes que nos ha dejado en su historia de cuarenta siglos la filosofía del paganismo; es un heroísmo de sentimientos que no pudo entrar ni aun en las previsiones de los antiguos sabios; es un vuelo rápido hácia la perfección cristiana, que nunca puede admirarse bastantemente; es, si así puedo explicarme, el último toque de colorido que puede dar el hombre á su semejanza con Dios.

¿Cuál será pues, hermanos míos, la excelencia que tiene á los ojos del Señor un estado como este, en que no se trata de otra cosa que de su voluntad y de su gloria? El solo auxilio que nos prestan las luces de nuestra propia razón, cuando consideramos en sí misma esta abnegación absoluta y perfecta que forma el todo de la profesión religiosa, nos basta para convencernos de que nunca el alma fiel que se ofrece á los ojos del Altísimo es más excelente y grande; que cuando ha elegido para servirle un género de vida en que todo es muerte para el mundo, para los sentidos, para la libertad misma, y todo es vida para el cielo, para el alma, para la ley eterna y la voluntad perfectísima del Señor. ¿Y cuánto no deberá crecer nuestra veneración á un estado tan perfecto y santo, cuando juntemos á nuestras propias luces las luces de la fe, y estrechemos nuestras propias convicciones con el oráculo infalible de la eterna verdad? „¿Dónde está la sabiduría, preguntaba en otro tiempo uno de los Profetas? No está en mí, responde el abismo; habla el mar, y dice: no está conmigo. ¿Dónde está pues